

CUADERNOS DE HISTORIA 17

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 1997



¿EMANCIPACIÓN SOCIAL O EMANCIPACIÓN LITERARIA? LAS “CACHETONAS” DE SANTIAGO Y LAS NUEVAS FORMAS DE SOCIABILIDAD FEMENINA, 1900-1930

Marco Antonio León León

Instituto de Historia
Pontificia Universidad Católica de Chile

Introducción

Los estudios historiográficos desarrollados en el último tiempo en Chile han volcado paulatinamente su interés hacia diversos tópicos relacionados con las innovaciones metodológicas gestadas en el viejo continente. Temáticas como los espacios de sociabilidad, las “mentalidades” sociales, la microhistoria o la reconstrucción de la vida cotidiana, han motivado a su vez la revaloración de algunos sujetos históricos o bien superficialmente estudiados, o simplemente ignorados, como es el caso de los grupos populares, los marginados (locos, reos, indigentes), los niños y de la así llamada “mitad olvidada de la historia”: la mujer. Sin embargo, este argumento supone que los sectores que habían llamado por lo normal la atención de los historiadores, como las clases dirigentes o las élites, si se quiere, estaban tan estudiadas, que se hacía necesario dirigir la mirada hacia aquellos componentes de la sociedad que requerían igualmente de un examen histórico.

Si bien dicha postura tiene algo de razón, no puede negarse que el estudio de la elite o clase dirigente no es un tema acabado. De hecho, y sin ir más

lejos, en nuestro país no existe una obra de conjunto que ayude a tener una imagen clara y matizada de nuestro grupo o grupos dirigentes. Por tales razones, algunas monografías dedicadas a este tema requieren mayor profundidad y una investigación basada en fuentes primarias que permita corroborar y desmitificar diversos aspectos o prejuicios que puedan plantearse frente a este problema.¹ Por dicho motivo, este trabajo pretende examinar diversos aspectos culturales propios de nuestra clase dirigente a inicios del presente siglo, a la par de centrar el análisis en una serie de personajes femeninos que representan una de las tantas variantes en el comportamiento de la elite santiaguina: el grupo de las denominadas “cachetonas”, mujeres de vida emancipada que transgredieron las conductas ideales asociadas hasta ese momento con el mundo femenino.

En este sentido, consideramos que aproximarnos a la idiosincrasia de la elite santiaguina a través de este tipo de mujeres es una manera de rescatar la presencia del sexo femenino en ámbitos que durante el último tiempo han sido descuidados, ya que los estudios recientes en esta materia buscan más bien un acercamiento al mundo popular de la mujer, partiendo a veces del supuesto, explícito o implícito, de que el papel de la mujer de elite estuvo restringido sólo a su vida marital u hogareña.² Asimismo, el examen de este tipo de mujeres “rebeldes”, ayuda precisamente a distinguir a un conjunto de damas de la alta sociedad que estuvieron dispuestas a quebrantar los modelos

Acercamientos generales a esta temática durante el siglo XIX e inicios del siglo XX, se encuentran en Luis Barros y Ximena Vergara. *El modo de ser aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900*, Ediciones Aconcagua, Santiago, 1978; Gonzalo Vial Correa, *Historia de Chile (1891-1973). La sociedad chilena en el cambio de siglo, (1891-1920)*, Vol. I, 2 Tomos, Editorial Santillana, Santiago, 1981; Leopoldo Castedo, *Resumen de la Historia de Chile, 1891-1925*, Tomo. IV, Empresa Editora Zig-Zag, 1982; Sergio Villalobos. *Origen y ascenso de la burguesía chilena*, Editorial Universitaria, Santiago, 1987; Bernardo Subercaseux. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile. Tomo II. Fin de siglo. La época de Balmaceda*, Santiago, 1997 (1988). El estudio más reciente en este campo es el de Manuel Vicuña Urrutia. *El París americano. La oligarquía chilena como actor urbano en el siglo XIX*. Universidad Finis Terra-Museo Histórico Nacional, Santiago, 1996.

² Esta visión se desprende del trabajo de Lucía Santa Cruz, Teresa Pereira y Valeria Maino. *Tres ensayos sobre la mujer chilena*, Editorial Universitaria, Santiago, 1978. Igualmente, Felicitas Klimpel Alvarado. *La mujer chilena. (El aporte femenino al progreso de Chile, 1910-1960)*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1962. Para un período anterior, ver Sor Imelda Cano Roldán. *La mujer en el Reyno de Chile*, Ilustre Municipalidad de Santiago, Santiago, 1981. Un registro no sólo de la presencia femenina en diversos ámbitos públicos, sino también en la historiografía, se encuentra en el trabajo de Luz María Méndez. “La mujer y la historiografía chilena”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 152, Santiago, 1984, pp. 157-178.

de conducta existentes, demostrando que la elite dirigente no es un todo monolítico, sino un conglomerado de experiencias diversas que abarcan desde las posturas más religiosas (como fue el ideal femenino perseguido por las autoridades religiosas y laicas) hasta aquellas liberales o indiferentes en materia de credo y comportamiento en público (como ocurre con las “cachetonas”).

De acuerdo a lo señalado, las “cachetonas” representan a nuestro modo de ver una estrategia de algunas mujeres de la clase dirigente santiaguina que buscaban una redefinición de su papel en la sociedad del siglo XX, con la esperanza de conquistar espacios públicos de modo permanente, a través de una vía en un principio frívola y después más intelectualizada. Por ello, y de acuerdo a lo señalado por la historiadora Asunción Lavrin, aunque existieron en el cono sur latinoamericano modalidades de cambio que no se autodefinieron como feministas, no puede considerarse que estuvieran exentas de su influencia.³ Ello es, de alguna manera, lo que acontece con las “cachetonas”.

El concepto de “cachetonas”, como tendremos la oportunidad de señalar, experimenta una evolución, en particular, porque esta denominación involucra, no siempre de un modo preciso, tanto a aquellas mujeres que mantienen un comportamiento no sujeto a las convenciones establecidas por la clase alta, hasta quienes expresan una actitud más bien intelectual y plasman sus inquietudes artísticas ya sea en la literatura o en actividades afines, sin descuidar sus vinculaciones sociales y menos su vida marital. Por ello, el período 1900-1930 involucra, a nuestro modo de ver, tendencias de cambio y permanencia de tradiciones, en particular en lo que respecta al rol que estas “mujeres de figuración pública” van perfilando hacia fines de la década de 1920.⁴

Para tener una mejor percepción del itinerario y características de este grupo de mujeres emancipadas o rebeldes, revisamos los conceptos ideales del ser femenino decimonónico, para contrastarlos con las nuevas prácticas de conducta que se generalizan en sectores de la clase dirigente. La revisión de

³ Asunción Lavrin. “Cambiando actitudes sobre el rol de la mujer: Experiencia de los países del Cono Sur a principios de siglo”, en *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, N° 62, junio de 1997, p. 71. Importante, como parámetro de comparación, es su estudio sobre el movimiento feminista, principalmente mesocrático y proletario, en Argentina, Chile y Uruguay. Ver su obra: *Women, Feminism and Social Change: Argentina, Chile and Uruguay, 1890-1940*, University of Nebraska Press, Lincoln and London, 1995.

⁴ Una visión moderna sobre este tipo de consideraciones se encuentra en Diana Veneros Ruiz-Tagle, “Continuidad, cambio y reacción, 1900-1930”, en Diana Veneros Ruiz-Tagle (editora). *Perfiles revelados. Historias de mujeres en Chile. Siglos XVIII-XX*, Editorial Universidad de Santiago, Santiago, 1997, pp. 21-39.

sus espacios de sociabilidad y de la vida de algunas de estas mujeres, que se ajustan al modelo presentado en una novela dedicada exclusivamente al tema: *La cachetona*, de Tomás Gatica Martínez (1913), permitirán no sólo conocer la idiosincrasia de tales personajes, sino además penetrar en ese “gran mundo” de la elite santiaguina que aún está por estudiarse.

a) *Entre el deber ser y el ser: Ideal y realidad de la mujer de elite*

Durante el siglo XIX e inicios del siglo XX, se mantuvo en Chile una imagen ideal (un modelo) de lo que se suponía debía ser el comportamiento de la mujer dentro de las esferas públicas y privadas. Este discurso, legitimado o sostenido por las autoridades civiles y de la Iglesia Católica, era reafirmado tanto en las actividades de la vida cotidiana como desde el púlpito o el Parlamento. Algunos artículos escritos en las columnas de la *Revista Católica* o que formaban parte de discusiones e incluso de textos jurídicos fueron confirmando paulatinamente el estereotipo femenino que se caracterizaba, a grandes rasgos, por situar a la mujer en un plano de inferioridad física y mental respecto del sexo masculino. De allí que dicho “sexo débil” fuese más proclive a tener una mayor sensibilidad frente a diversos acontecimientos y estuviese dotado de los “sentimientos más delicados y finos”.⁵ Aunque dicho ideal se extendía al comportamiento general de las mujeres, las más cercanas a la fiscalización o al control social masculino eran aquéllas pertenecientes a las elites políticas o económicas, no sólo por su vinculación con personajes públicos (políticos, congresistas, comerciantes), sino además, porque las pautas de conductas heredadas de sus familias ratificaban éstas y otras ideas relativas a la conducta deseada dentro y fuera del hogar.

La mujer, en esta perspectiva, era concebida como víctima de su propia fisiología, donde los procesos biológicos inherentes a su sexo, como la ovulación, la menstruación o los trastornos físicos y emocionales del embarazo, sólo reafirmaban su naturaleza inestable y poco racional. De acuerdo a tales argumentos, la mujer era un ser más espiritual que el hombre, pero menos intelectual; más próxima a lo divino, pero encarcelada en sus características básicas y animales; más moral, pero con un control menos desarrollado de su

⁵ Pedro Felipe Monlau, *Higiene del matrimonio*, Santiago, 1902, p. 148. Citado por Diana Veneros, *op. cit.*, p. 23.

propia moralidad.⁶ Esta serie de “atributos”, determinaron por supuesto que dentro del imaginario social se hiciera explícita e implícita la distinción de funciones o roles que debían cumplir ambos sexos en los diferentes espacios sociales.

En los hombres, mejor dotados intelectualmente, seres de acción y de figura activa en las esferas públicas, recaían los trabajos más pesados, pero también se justificaban sus conductas, dado que su naturaleza diferente los llevaba a buscar diversas distracciones que cumplieran un rol catártico frente a sus múltiples actividades. De allí su presencia no sólo como jefes de hogar en paseos, reuniones, fiestas u otros eventos públicos, en el plano político o literario, sino también en los espacios de sociabilidad creados precisamente en función de la distracción masculina: restaurants, tabernas, bares o clubes; estos últimos, con gran despliegue en el período de cambio de siglo⁷, según veremos.

La mujer, por su parte, de acuerdo al discurso esbozado, estaba reservada al espacio privado del hogar, vinculada a la maternidad, al cuidado de los hijos (la “perfecta casada”), al convento si se daba el caso; o a ser el complemento del hombre en ocasiones especiales. Sólo así se explicaba su presencia en las instancias antes mencionadas de bailes, reuniones o en las tertulias, espacio de sociabilidad que por excelencia vinculaba a la mujer con el hogar, por realizarse en los salones de las casas, pero que además la convertía en anfitriona, otorgándole así un papel de mayor relevancia.

Respecto de sus conductas o comportamientos, es comprensible por lo señalado que se estipulase estrictamente una serie de limitaciones inherentes a su condición femenina. En toda ocasión, debía regir en sus ademanes un autocontrol de las emociones y por supuesto un uso adecuado o pertinente de la vestimenta, para evitar la distracción de los hombres, como lo recordaba Crescente Errázuriz al señalar que las jóvenes no salían a la calle sin la compañía del padre, la madre o el hermano, e iban vestidas con sencillos trajes “sin cosa alguna que atrajera la atención”.⁸ Asimismo, Ramón Subercaseux rememoraba la preocupación de las mujeres por “ocultar y reprimir sus movimientos naturales para dar lugar a otros más estudiados y más finos”, ya que

⁶ Diana Veneros, *op. cit.*, p. 25.

⁷ Bernardo Subercaseux, *op. cit.*, pp. 54-55.

⁸ Crescente Errázuriz. *Algo de lo que he visto*, Editorial Nascimento, Santiago, 1934, p. 24.

“no era de buen gusto ni andar con discreta desenvoltura, ni hablar corrientemente, ni sentarse con comodidad”. En concreto, “convenía mostrar toda delicadeza en la conversación...”⁹

Lo señalado en materia de construcción de una imagen femenina ideal, no impidió que a algunas mujeres les fueran reconocidos ciertos privilegios, como amas de casa encargadas del control de los asuntos domésticos y financieros o como virtuales jefes de hogar en el caso de los sectores más pobres. En el primer caso, es bastante emblemática la serie de artículos publicados por el periódico *La Familia* (1890-1892), entre el 1 de septiembre de 1890 y el 24 de octubre de 1892, con algunas interrupciones. Dichos artículos recibieron el nombre genérico de “Manual de la dueña de casa”, escritos por una tal Emmeline Raymond (un seudónimo, por supuesto). El contenido de tales textos es, sin duda, un importante acercamiento a este modelo femenino que se intentaba legitimar, no sólo a través de los artículos, sino también por medio de imágenes gráficas, de gran calidad, que reforzaban las ideas familiares y maternas ya expresadas.

Este “Manual de la dueña de casa”, resume a grandes rasgos las características esperadas de una mujer de la clase dirigente que “trabaja” dentro de su casa. Más bien, los diferentes consejos que se presentan en tales escritos enfatizan la dirección y organización de los quehaceres del hogar que la mujer de clase alta debe supervisar. De allí que se hagan referencias a la necesidad de un cuaderno de gastos, a los preparativos de las fiestas u otras clases de encuentros sociales, al tipo de cubiertos y a un sinnúmero de detalles que recrean el “buen tono” de quien sigue con cuidado las reglas del Manual. En este sentido, uno de los comentarios del capítulo V, dedicado a los sirvientes, grafica lo explicado:

“Ella [la mujer] debe ser, en el hogar, la previsión siempre despierta, la actividad incansable, a fin de reparar a tiempo los olvidos que se puedan producir, de estimular a los rezagados y de saber dirigir su casa de tal manera que nada haga falta allí por negligencia, que ningún atraso se produzca, que, en una palabra, **la máquina que representa su gobierno**, se deslice sin tregua, sin ruido, sin sacudimientos, en vez de rodar pesadamente, entorpecida por una cantidad de omisiones renovadas a cada instante”.¹⁰

⁹ Ramón Subercaseux. *Memorias de 50 años*, Imprenta y Litografía “Barcelona”, Santiago, 1908, pp. 72-73.

¹⁰ *La Familia*, Santiago, 15 de octubre de 1890. El destacado es nuestro.

Es precisamente la casa el ámbito de gobierno de la mujer y, específicamente en lo que respecta a la clase dirigente, es el lugar donde ejerce como símbolo de refinamiento. Otros espacios donde desarrolla su vida social y apoya obras de caridad¹¹ son sólo un complemento de su rol como figura del hogar. Sin embargo, y pese a lo señalado, la aceptación de algunas “excepciones a la regla” (ser jefas de hogar) demostraba que más allá del discurso oficial sobre el deber ser de la mujer, se encontraban una serie de realidades materiales inmediatas y de influencias externas que cuestionaban cada vez más la pretensión de circunscribir a la mujer al ámbito privado o a su figuración bajo el alero de la presencia masculina.

¿Cuáles fueron los elementos que socavaron el ideal femenino decimonónico? Como todo modelo creado a través de un discurso reiterado, es necesario tener presente que las circunstancias de la vida cotidiana cuestionaban claramente estas pretensiones de reducir a la mujer a ciertos ámbitos de trabajo o espacios sociales. Si descendemos en la escala social, es posible percatarse de que en el caso de las mujeres del “bajo pueblo”, tal pretensión era una simple utopía, en particular, para personajes que debían cumplir las labores de padre y madre a la vez, trabajando para el sustento diario y encargándose del cuidado de los hijos. Esta imagen, aunque es posible que acepte matices, fue compartida por no pocas representantes del sexo femenino, según ha recordado Gabriel Salazar.¹²

En los medios mesocráticos, aunque no tenemos mayores antecedentes, es posible suponer una mayor participación femenina en actividades necesarias para el sostén familiar y complementarias al trabajo masculino. De allí el ingreso a alguna profesión liberal o docente. Prueba de ello es que el Censo Nacional para 1907 registre 3.980 profesoras y 1070 matronas, mientras que en el plano universitario tímidamente aparezcan 3 abogadas, 7 doctoras, 10 dentistas y 10 farmacéuticas.¹³ Aunque en forma tímida, se comprueba una presencia en ámbitos no hogareños, hecho posible, de acuerdo a Amanda Labarca, por la dictación del decreto de Miguel Luis Amunátegui, Ministro de Instrucción Pública, que en enero de 1877 abrió las aulas universitarias a las mujeres.¹⁴

¹¹ Amanda Labarca. “Evolución femenina”, en *Desarrollo de Chile en la primera mitad del siglo XX*, Vol. I, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, s. f., pp. 108 y ss.

¹² Gabriel Salazar. “La mujer de “bajo pueblo” en Chile: bosquejo histórico”, en *Proposiciones* N° 21, *Género, mujer y sociedad*, SUR Ediciones, Santiago, 1992, pp. 89-107.

¹³ Gonzalo Vial. *op. cit.*, vol. I, tomo 1, pp. 173-174.

¹⁴ Amanda Labarca, *op. cit.*, p. 113.

Por las razones expuestas, se podría pensar que entre las mujeres de la clase dirigente, no agobiadas por el sostén del hogar, el ideal explicado podría haber encontrado mayor respuesta. Quizás ello pueda tener algo de razón, pero debemos considerar que la elite santiaguina no fue monolítica y que desde mediados del siglo XIX se habían intensificado paulatinamente las influencias extranjeras, no sólo en los aspectos domésticos o vinculados a la vestimenta, sino también en lo que respecta al comportamiento en los espacios cotidianos. De hecho, durante la década de 1880, y con posterioridad a ella, gracias a la prosperidad que generó la riqueza salitrera obtenida después del conflicto con Perú y Bolivia, fue más patente el afrancesamiento de la clase dirigente, que involucró, entre otras cosas, la llegada de nuevas ideas que rompían los esquemas propuestos sobre el deber ser de la mujer. Por ejemplo, en lo que concierne al Viejo Mundo, ya en 1885 se producía en Londres uno de los mayores mítines de mujeres del siglo XIX, con el propósito de redefinir el rol de la mujer en el plano cotidiano y en el discurso público.¹⁵ Los años siguientes y en el período de cambio de siglo, este tipo de manifestaciones se harían comunes en el resto del continente europeo, en los países de América del Sur y, por supuesto, en Chile.¹⁶

Aunque es difícil señalar que el feminismo que se asocia con los movimientos encabezados por las mujeres de clase media y proletaria involucró a las mujeres de la elite, no es menos cierto que algunos contenidos de este discurso, como la posibilidad de que el sexo femenino se expresase públicamente y participara en asuntos ciudadanos, ayudaron a reconsiderar muchos de los patrones conductuales asumidos o, al menos en apariencia, respetados por las damas de la clase dirigente.

Es necesario considerar asimismo que junto con la vida diaria y las influencias ideológicas extranjeras, también se presentaron otros cambios que incidieron y configuraron un nuevo perfil físico y moral de la mujer chilena. Entre ellos, ocupó un lugar destacado la generalización del uso del maquillaje y de los cosméticos, en particular de los más llamativos y sensuales (como pintarse las uñas de las manos y de los pies), que rompieron con los moldes

¹⁵ Georges Duby y Michelle Perrot (Dirs). *Historia de las mujeres en Occidente*. Tomo 8. *El siglo XIX. Cuerpo, trabajo y modernidad*, Taurus Ediciones, Madrid, 1993. "Introducción", p. 12. Asimismo, ver Bonnie S. Anderson y Judith P. Zinsser. *Historia de las mujeres: Una historia propia*, vol. 2, Editorial Crítica, Barcelona, 1991, pp. 379-488.

¹⁶ Asunción Lavrin. *Women, Feminism ...*, p. 17. La autora señala un primer ciclo feminista latinoamericano que habría surgido en el mundo occidental hacia las décadas de 1850 y 1870.

del deber ser femenino, dado que hasta entonces tales afeites sólo habían sido asociados a actrices o prostitutas.¹⁷ Con la vestimenta pasó algo similar, siendo también objeto de crítica la “tiranía espantosa de las modas que imponen comerciantes inescrupulosos, que explotan hábilmente la vanidad humana, y que las varían a su capricho, con una rapidez increíble”.¹⁸ Aunque la preferencia por la moda insinuante en el sexo femenino no era un fenómeno nuevo, ya que, extrapolando esta perspectiva, pueden encontrarse críticas desde mediados del siglo XIX o antes incluso, su presencia en el cambio de siglo despertó renovadas críticas, en particular, por la excesiva, según se decía, ostentación que hacían de las prendas y de sus adornos las damas de la clase dirigente, situación que provocaba la imitación del resto de los grupos urbanos.

El maquillaje, el vestuario y las nuevas conductas no fueron los únicos puntos de queja, ya que igualmente estuvieron dentro de este ámbito las formas de sociabilidad propias de la elite santiaguina. Al respecto, es posible apreciar que la clase dirigente durante el siglo XIX había paulatinamente configurado diversos espacios de encuentro dentro de la ciudad de Santiago,¹⁹ entre ellos, paseos como el de la Alameda, el Teatro Municipal, los bailes y fiestas de las casas patricias y, por supuesto, el Club de la Unión. No obstante, ninguno de tales espacios era estrictamente femenino, aunque servían para el despliegue de la moda y los nuevos afeites. En el caso específico del Club de la Unión, éste se mantuvo como un espacio reservado para el sexo masculino, convirtiéndose en más de un caso en una especie de segunda morada frente a la abulia de la vida hogareña o el desencanto matrimonial, idea reiterada en la literatura de la época, como apreciaremos más adelante. Bajo esta óptica, el Club se convirtió en una evasión de la casa y de las obligaciones maritales, además de constituir un lugar de juego, donde se estrechaban relaciones personales, políticas y económicas. Esta era la imagen esbozada en un artículo del periódico satírico *El Poncio Pilatos*, que descansaba por lo demás en lugares comunes de la época:

“En el Club se hace fortuna al juego o se hace la desgracia de una familia. El asiduo tertulio de un Club es apenas un raro huésped de su propia casa. En la mañana se levanta a mediodía, se viste y sale en dirección al Club, almuerza en el Club, cena en el Club, y en el Club juega hasta las primeras horas de la

¹⁷ Glaneur D'Epis. *Algo sobre indumentaria femenina y otros tópicos curiosos*, Santiago, 1922. Citado por Diana Veneros, *op. cit.*, p. 31.

¹⁸ Glaneur D'Epis, *op. cit.*, p. 168.

¹⁹ Manuel Vicuña, *op. cit.*, pp. 35-57.

madrugada. Puede asegurarse que cuando un padre de familia se hace socio de un Club y empieza a frecuentarlo noche a noche, ese padre es hombre al agua y su familia queda expuesta a tomar la calle del medio”.²⁰

Este juicio enlaza la “cultura del ocio”, atribuida por lo general a la clase dirigente, y los prejuicios morales que dentro del matrimonio y la familia podía tener esta particular forma de sociabilidad. No obstante, la creación de un espacio de similares características: el Club de Santiago, inaugurado en 1907, modificó esta percepción en la medida que se convirtió no sólo en un espacio de reunión para hombres y mujeres a la vez, a diferencia del Club de la Unión, sino además en un lugar que permitió a las mujeres más influenciadas por los modelos feministas extranjeros, mostrar públicamente sus nuevas conductas y emancipación respecto del ideal femenino del siglo XIX. Este será el ambiente en que se estigmatice a las mujeres tildadas de rebeldes. Este será el escenario en que aparezcan las denominadas “cachetonas”, como tendremos la oportunidad de revisar.

b) Las “cachetonas”: Orígenes e itinerarios

El nuevo espacio de encuentro de la clase alta de la capital, el Club de Santiago, quiso marcar desde un inicio su estilo propio. Surgido de la necesidad de entregar una mayor variedad de entretenimiento a los elementos jóvenes de la elite santiaguina, este Club buscó incorporar precisamente a aquellos grupos más rebeldes o emancipados socialmente que deseaban romper con la etiqueta tradicional de las formas de convivencia existentes: tertulias, bailes, paseos, etc. Por dicha razón, y de acuerdo a lo expresado por Gonzalo Vial, “allí era más fácil que entraran mujeres o personas cuyos pergaminos no fuesen impecables”. El regente francés -monsieur Olmy- se encargaba de que todo estuviese a punto, siendo las instalaciones un modelo de elegancia y la comida y bebida excepcionales. De acuerdo a Vial, este sería el lugar donde nacerían a la luz pública las “cachetonas”:

“Algunas muchachas aristócratas -bellas y atrevidas- se aficionaron a la nueva entidad; como le daban *cachet et ton*, las llamaron cachetonas. El Santiago y las cachetonas fueron el pararrayos de las críticas que las restantes clases sociales hicieron contra la dirigente. Pero quienes pertenecieron al Club se sintieron siempre “emancipadores”... héroes en pugna, redimiendo un mundo pacato, colonial”.²¹

²⁰ Citado por Bernardo Subercaseux, *op. cit.*, p. 55.

²¹ Gonzalo Vial. *Historia de Chile ...*, vol. I, tomo 2, p. 663.

Para Gabriel Salazar, que considera a estas mujeres como “una especie de grupo de choque del movimiento aristocrático de liberación femenina”, su origen se encontraría más bien en una de las cafeterías afrancesadas de la calle Huérfanos, que recibía el nombre de *Cachet et Ton*.²² Sin embargo, sea cual sea el origen definitivo de este grupo, no puede dudarse que en realidad representaron una primera y manifiesta forma de ruptura con los moldes ideales de educación y comportamiento atribuidos y exigidos principalmente a la mujer de clase alta. De allí que dentro del concepto de “cachetonas” se encuentre algo más que la unión de dos términos franceses, como la mordaz crítica masculina (pues el término apuntaba a la soberbia de estas “mujeres nuevas”) y, quizás lo más interesante, la configuración de una renovada identidad para la elite femenina.

Uno de los testigos de época, Gustavo Balmaceda Valdés, casado con una de las así llamadas “cachetonas”, Teresa Wilms Montt -como revisaremos más adelante-, es enfático e irónico al momento de describir los cambios que afectan la sensibilidad y la conducta pública femenina, en contraposición a la crítica social. De hecho, refiriéndose al mencionado público visitante del Club de Santiago, expresa que allí llegaba:

“... una sociedad selecta, pero nada de gazmoña, refractaria por instinto y por educación a las hipocresías tradicionales de nuestro gran mundo; matrimonios jóvenes, ávidos de sacudirse un poco de las absurdas preocupaciones de la moral colonial con que pretende la Iglesia mantenernos aplastados; muchachos de ingenio y buen humor que, por haber leído y viajado, han aprendido a vivir, y desearían de corazón saturar de oxígeno moderno la sofocante atmósfera de nuestras costumbres...”²³

¿Cuáles fueron las conductas que este nuevo tipo de sociabilidad fomentó entre las mujeres? Sin duda que uno de los aspectos que ocasionaba mayores problemas a los moralistas era la convivencia de hombres y mujeres en un lugar donde no estaban claros los respectivos roles de género. No era imprescindible acudir con el esposo, ya que se generalizó incluso que las mujeres acudieran solas a estos lugares y, por supuesto, participaran de formas de convivencia hasta entonces sólo asociadas con el sexo masculino: aficionarse al juego, beber alcohol, fumar cigarrillos, entre otros aspectos. Este tipo de conductas provocaba las críticas o las ironías de quienes francamente persistían en la idea de que las mujeres debían restringir su liberalidad al espacio

²² Gabriel Salazar, *op. cit.*, p. 92.

²³ Gustavo Balmaceda Valdés. *Desde lo alto*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1917, pp. 227-228.

íntimo y no a lugares públicos, como el Club, donde podían ser objeto de comentarios y, por supuesto, de deseo para alguno de los asistentes.

En este contexto se explica la caricaturización de que fueron objeto estas mujeres emancipadas o “cachetonas”, adjetivo que intentaba englobar, sin límites precisos, a todas aquellas manifestaciones claramente opuestas al modelo femenino que explicamos con anterioridad. Pero, junto a la diatriba o a la exageración de sus conductas, se encontraban también intentos más serios por penetrar de alguna manera en su psicología. Esto fue lo que llevó al escritor Tomás Gatica Martínez, literato sin una gran producción en este medio,²⁴ a publicar en 1913 su novela *La cachetona*.²⁵

La novela de Tomás Gatica respondía a los patrones generales de la narrativa chilena a inicios del siglo XX, es decir, buscaba describir escenarios y personajes con el fin de registrar científicamente la realidad inmediata, de acuerdo a las características de la tendencia *naturalista* que se había apropiado de la literatura europea y americana. Mientras más penetrara la literatura en la profundidad de un ambiente, se creía, más se acercaba al estatus científico que pretendían los escritores. Dentro de tal movimiento, si bien se dejaba un lugar para la ficción dentro de la obra literaria, ésta era mínima o estaba en constante referencia a hechos y situaciones reales. Años antes, en 1887, Pedro Balmaceda Toro, hijo del Presidente José Manuel Balmaceda (1886-1891), en un ensayo titulado “La novela social contemporánea”, reafirmaba estos rasgos al explicar que el objeto de la novela era:

“Estudiar al individuo en relación con sus ideas, su hogar, su familia, los objetos que le sirven para su uso diario, sus gustos, sus inclinaciones, observando hasta el último detalle de su traje, su persona y el sello que da a los actos más insignificantes de la vida que constituye su originalidad y lo distingue de las demás personas, describir la sociedad y sus costumbres, tomando en cuenta las ideas que la dominan, la situación especial de las ciudades, las calles, los edificios, las manifestaciones infinitas de sus deseos, los teatros, la pobreza del pueblo, el medio en que éste se desarrolla. Todo esto es susceptible de ser analizado, y esos fragmentos, que considerados en sí valen poco, son juzgándose en su conjunto, la expresión más acabada y **el retrato más perfecto de una sociedad**”.²⁶

²⁴ Sobre la vida de Tomás Gatica, ver Raúl Silva Castro. *Panorama de la novela chilena (1843-1953)*, F.C.E., México, 1955, pp. 114-115.

²⁵ Tomás Gatica Martínez. *La cachetona. Novela de costumbres*, Talleres de la Empresa Zig-Zag, Santiago, 1913.

²⁶ Pedro Balmaceda Toro, “La novela social contemporánea”, en *Estudios i ensayos literarios*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1889, pp. 197-198. El destacado es nuestro.

Así aparecieron las denominadas novelas en “clave”, situaciones recreadas en una obra literaria con elementos ficticios, pero que descansaban en acontecimientos o sucesos reales. Con la publicación de *La cachetona* se produjo precisamente lo descrito, es decir, se interpretó como una novela en clave que colocaba en el centro de la crítica social a ese grupo mal definido de mujeres que buscaban tener una participación más activa en los espacios públicos, reemplazando así su figuración en tertulias u obras de caridad.

¿Cómo se presentó la imagen de las “cachetonas” en la novela de Tomás Gatica? De acuerdo a la historia descrita por el autor, las mujeres rebeldes surgidas a inicios de siglo eran producto no sólo del afrancesamiento general en las costumbres de la clase alta chilena, sino además su conducta obedecía a la desidia con que muchos hombres, y en particular los esposos, trataban a sus consortes. En este sentido, se hacía una fuerte crítica social a los enlaces matrimoniales de la elite santiaguina, preocupada más bien por mantener las apariencias, antes que consolidar la relación amorosa con una pareja. Esta indiferencia masculina y, en particular, su predilección por otros espacios sociales de entretenimiento como el Club, creaban las condiciones ideales para que la mujer o estuviese dispuesta a aceptar esa situación y se recluyera en su hogar, o simplemente buscase romper con su hipocresía conyugal a través de formas externas sobredimensionadas, como era su comportamiento, tildado por algunos de “varonil”, en lugares públicos, según hemos revisado.

Esto es a grandes rasgos el argumento de la obra de Tomás Gatica, drama representado por Valentina Mendoza y Hernán Vidal, los protagonistas de la novela, el novel matrimonio que a poco de consolidar su enlace experimenta los sinsabores de una vida sin encanto y llena de convencionalismos. Una amiga de Valentina, Adriana Peña, tipificada como “cachetona”, es quien presenta a la desencantada esposa a un grupo de mujeres dispuestas a romper con las normas de conducta tradicional, personajes que:

“... entraron en la conquista de las libertades del sexo, luchando, sin duda, por acortar la distancia que las separaba del hombre; círculo irrespetuosamente calificado con cierto adjetivo que algunas de esas mismas damas descompuso en los epítetos franceses *cachet et ton*, y que tuvo su principal centro de acción en los elegantes salones de un club [el Club de Santiago], círculo de gente rica y de señoras bonitas, hastiadas de la monotonía aburridora de la existencia burguesa y ansiosas de aire parisién; círculo que levantó los escrúpulos de las timoratas quienes en la alegre franqueza de aquellas reuniones, vislumbraban, tal vez, un atentado contra la tranquilidad conyugal”.²⁷

²⁷ Tomás Gatica Martínez, *op. cit.*, p. 48.

A partir de esta definición, el autor va construyendo la particular idiosincrasia de las “cachetonas”, descritas como mujeres de vida disipada y frívola, en las cuales es posible encontrar desde aquellas que hacen libre ostentación de sus vestimentas y renovados ademanes en las cafeterías del centro de la ciudad, hasta quienes lisa y llanamente no tienen el menor escrúpulo en tener varios amantes, por lo normal, gente conocida dentro del círculo de las “cachetonas” y pertenecientes a su clase social. Junto a estas características, se encuentra también el respeto o aceptación de los ritos sociales significativos para la elite capitalina, como la asistencia a misa, según observa Tomás Gatica:

“En Santiago existen las *cachetonas* y acaso en mayor número del que piensan algunos sabrosos optimistas que no titubearán en salir a batirse por los fueros del honor herido ... aunque ellos mismos sean los primeros que registren en el immaculado infolio de sus memorias íntimas, el testimonio de algunos hechos sugestivos ...

La *cachetona*, en cualquiera de sus grados, porque las hay desde la coqueta inofensiva que sólo se dedica al flirt más o menos avanzado, hasta la que hace toda clase de concesiones, no deja de ejercitar ciertas prácticas que, como la concurrencia a misa los días festivos, constituye un precepto ineludible impuesto por el quinto mandamiento de la Santa Madre Iglesia; y así la misa de doce lleva los domingos a la Catedral un concurso selecto de gente distinguida, y, sobre todo, la nave lateral en donde se oficia el santo Sacrificio, aparece siempre repleta de familias opulentas que han dejado su americano a la puerta, de altivas *cachetonas*, de uno que otro alto personaje político que suele ser liberal (los conservadores oyen misa más temprano), de jóvenes elegantes que, cuando menos, van allí a comentar algún programa hípico, y de mundanas de alto rango”²⁸.

En este sentido, la novela señalada es una crítica a la mundanidad de la clase dirigente, a esa “cultura del ocio” de la cual se ha hablado,²⁹ y dentro de ella a estas mujeres de vida emancipada. Sin embargo, dicha visión, que de seguro motivó las críticas no sólo de los moralistas sino también de quienes pensaban que tal rebeldía era vacía o carente de sentido, fue hasta cierto punto matizada en uno de los personajes de Tomás Gatica, una mujer identificada en la novela como Lucinda Pantoja Carrasquilla de la Huerta y Vargas.

La caracterización de doña Lucinda es hecha a partir de su vinculación con las “cachetonas”, no sólo en los aspectos lúdicos o banales de la ostentación,

²⁸ Tomás Gatica Martínez, *op. cit.*, pp. 98-99.

²⁹ Luis Barros y Ximena Vergara, *op. cit.*, pp. 35-55.

sino más bien en su condición de “mecenas” de los nuevos artistas que, no siendo parte de la clase dirigente, comienzan a frecuentar la tertulia de esta rebelde anfitriona. Es por cierto dicha tertulia un lugar de pompa, de lujo, pero a la vez de reflexión literaria y de encuentro de intelectuales. Por tal motivo, se esboza un rasgo que permite descubrir, detrás de la aparente superficialidad en la conducta de algunas “cachetonas”, una mayor preocupación por configurar una identidad femenina que reflejase el sentido de tal rebeldía. Dicha situación, si bien es difícil aventurar que pudiese plasmarse en todas aquellas mujeres que eran indistintamente tildadas de “cachetonas”, insinúa a lo menos una cierta maduración de la inicial actitud de emancipación social. Para graficar lo expuesto, es necesario reproducir las palabras del propio Tomás Gatica:

“El salón de la señora Pantoja, salón de antigua data, con muebles de estilo Luis XV, de opulento tapiz de brocato encarnado, un tanto desleído por la acción avasalladora de los años: con sus *boules* de madera de rosa, incrustados de nácar y de bronce y coronadas por grandes espejos ovalados, era uno de los centros más concurridos por la sociedad, especialmente de las *cachetonas* que habían tenido la buena ocurrencia de bautizar a la señora Pantoja con el honroso mote de *refugium peccatorum*. (...)”

El lado flaco de doña Lucinda, fuera de sus inauditas pretensiones aristocráticas, era su apasionada afición a la literatura, o, más bien dicho, a conquistarse reputación de sabihonda [sic] y de Mecenas de las artes. Por esto, llegaban a su salón numerosos escritores que animaban la tertulia con charlas y comentarios”.³⁰

Resulta interesante destacar el hecho de que estas tertulias de “cachetonas” progresivamente fueron abriendo sus puertas a personajes, si bien no siempre de la misma clase social que sus anfitrionas, vinculados eso sí al campo artístico o cultural, creando de esta manera un punto de encuentro entre reuniones con anterioridad más bien cerradas o circunscritas no sólo a personas de similares intereses intelectuales, sino también sociales.³¹

³⁰ Tomás Gatica Martínez, *op. cit.*, pp. 133-134.

³¹ La caracterización de las tertulias como reuniones selectivas de la clase alta, y en más de un caso discriminadoras, junto a su evolución y progresiva apertura a otros grupos sociales, puede ser revisada en el trabajo de Cristián M. Jara “Los salones literarios en su vida interna. Paralelo entre la experiencia chilena y la francesa”, en A.A.V.V. *Formas de sociabilidad en Chile, 1840-1940*, Fundación Mario Góngora-Editorial Vivaria, Santiago, 1992, pp. 177-204.

A pesar de lo señalado, es posible comprobar cómo en esencia el relato de Tomás Gatica tiende a resaltar los aspectos más bien mundanos y transgresores de estas mujeres. Prueba de ello es la alusión explícita no sólo a la infidelidad conyugal, sino también a aspectos tan íntimos como la mantención de “casas de citas”, por parte de estas “cachetonas” y sus amantes, como una forma de materializar su ilícita relación. Dentro de la novela aludida, se señalan dos lugares destinados para tales efectos: uno en la calle Marín y otro en el barrio del Parque Cousiño (actual Parque O’Higgins). De este último, se expresa que allí:

“... va todo el que paga. Eso no sirve. Cualquier día se pega una cualquier chasco, un encuentro inoportuno, como ya ha pasado muchas veces”.³²

Por supuesto, es la casa de calle Marín, por estar restringida y mantenida por un grupo selecto de amigos, la que presta mejores servicios:

“Sólo los cuatro amigos, entre los que figuraban Pancho Moreno y Arturo Zamora, tenían derecho indiscutible para llegar allí; pero en ocasiones, la *garconiére* se facilitaba a amigos de mucha confianza que prometían guardar el secreto y que, como es costumbre, al día siguiente se daban ínfulas, confiándole a un tercero a quien pedían igual reserva.

Hasta esa casa, que para todos los vecinos encerraba un misterio, había llegado varias veces una *sage-femme*, especialista en tratamientos internos y, según contaba la crónica verde, habíanse consumado ahí asombrosas manipulaciones quirúrgicas para salvar el honor de algunas pobres celibatarias: tratamientos practicados en diversas clínicas de la capital, al amparo de una impunidad infame”.³³

La existencia real de este tipo de lugares tan reservados es, obviamente, difícil de corroborar, en particular cuando implicaba hechos tan extremos como las prácticas abortivas. Sin duda, el relato de Tomás Gatica bosqueja una práctica no sólo atribuible a las “cachetonas” y sus amantes, sino al medio social en su conjunto. Este es un aspecto donde la ficción, si bien no representa la realidad, al menos la ilumina.

Progresivamente, como se señaló, las tertulias de la clase dirigente fueron cediendo su lugar a un nuevo tipo de sociabilidad: los clubes o salones intelectuales, inspirados y fundados por algunas de estas mujeres de ideas más avanzadas, como fue el caso de Amalia Errázuriz de Subercaseux, con su Liga

³² Tomás Gatica Martínez, *op. cit.*, p. 176.

³³ Tomás Gatica Martínez, *op. cit.*, pp. 169-170.

de Damas (1912), o de Delia Matte de Izquierdo, con el Club de Señoras (1916). Estas iniciativas de encuentro social presentaron no sólo una estructura más abierta a otros grupos, sino también marcaron el comienzo de una estrategia menos mundana, por parte de aquellas mujeres que deseaban lograr mayor protagonismo público, abandonando las costumbres irreverentes o la ostentación de vestimentas en una cafetería o en el Club de Santiago, por los ciclos de charlas culturales, de conferencias preparadas, la publicación de novelas o la participación en múltiples eventos.

Entre los nuevos espacios sociales configurados, la Liga de Damas fue la que mantuvo más estrictamente la idea de que la presencia activa de la mujer en diversas actividades civiles no estaba reñida con la profunda religiosidad católica de sus miembros. De hecho, en muchos aspectos la Liga fue bastante conservadora en materia moral, siguiendo de cerca una experiencia similar desarrollada por las damas católicas del Uruguay. Bajo su concepto, la presencia pública de la mujer se asociaba en este caso con el apostolado social que toda católica debía desarrollar, no sólo dentro de su casa, sino también fuera de ella. El gran respaldo de la labor de la Liga fue la figura del Arzobispo de Santiago, Juan Ignacio González Eyzaguirre, gracias a quien tomó una considerable envergadura:

“Junto con el trabajo de las inscripciones de adherentes, comenzaron a formarse las juntas locales de provincia que llegaron a tomar la extensión de la República. Se dividió la obra en diversas secciones; se organizaron conferencias, cursos de instrucción religiosa y círculos de estudio; se abrió la Biblioteca, la Tienda de Protección al Trabajo, la oficina de colocaciones, o sea Bolsa del Trabajo; se fundaron los primeros sindicatos femeninos católicos de empleados de comercio, de oficinas públicas, de la Aguja, comprendiendo a obreras de talleres y de fábricas, de enfermedades y otras más, se agruparon las jóvenes de sociedad en centros literarios, musicales y artísticos y se publicó *El Eco de la Liga*, que más tarde tomó el nombre sugestivo que conserva aún *La Cruzada*”.³⁴

¿Qué diferenció a la Liga de Damas de las anteriores iniciativas de caridad de la clase dirigente? Si bien la inspiración católica es similar, marca una clara voluntad de figuración pública en ámbitos hasta entonces poco explorados por dichas iniciativas, tales como la publicación de un periódico, la

³⁴ *Amalia Errázuriz de Subercaseux*, Imprenta y Editorial “San Francisco”, Padre Las Casas, Santiago, 1934, pp. 258-259. La Liga fijó su sede en la calle de Santo Domingo, N° 1274.

apertura de una biblioteca o la creación de sindicatos femeninos. Esta vía intelectual y participativa para enseñar el proceso de emancipación femenina, aunque no fue rupturista en las costumbres sociales, mostró precisamente a muchas mujeres de la clase dirigente con ganas de lograr una mayor independencia, que era posible conciliar esa postura con sus creencias religiosas y morales, sin caer en los excesos de las “cachetonas” del Club de Santiago, ni restringir su figuración a la dependencia del sexo masculino. Aunque se involucró también a algunos hombres en esta tarea de apostolado social, la Liga fue por esencia un espacio femenino en el mundo civil.

Más acorde con la actitud inicial de las caricaturizadas “cachetonas” fue el Club de Señoras. Su origen se encuentra en el Círculo de Lecturas, organizado por Delia Matte de Izquierdo, con el propósito de abrir un derrotero intelectual a la mujer y canalizar así la profesionalización de la narrativa femenina en Chile.³⁵ A diferencia de la Liga de Damas, constituyó una experiencia más emancipada social y culturalmente, que no tuvo referencia religiosa en particular. Por tales motivos, se transformó al poco tiempo en el blanco de ataque de los medios intelectuales masculinos. De hecho, el poeta Pablo de Rokha (Carlos Díaz Loyola) no tuvo las mejores palabras en 1918 para referirse a esta iniciativa:

“Literatas de club, ¿no tenéis un marido?
Buscadle, y si lo halláis, sed simplemente esposas;
mirad que el mundo no es lo que dicen los libros,
que un folletín no es más que un beso honrado y digno.
¿Queréis hablar? Muy bien; mas, ¡sazonad la sopa!”³⁶

Las críticas hacia este nuevo espacio de sociabilidad femenino reiteraban las aprehensiones masculinas frente a la posibilidad de que la mujer pudiese adquirir una figuración propia, no asociada a su matrimonio, ni menos a la estirpe de su pareja. El peligro implícito de la germinación de una renovada identidad en las mujeres de la clase dirigente ocasionó de seguro gran parte de las críticas a este Club, así como la creencia, por los medios literarios de corte mesocrático, de que esta experiencia sólo era una válvula de escape para que

³⁵ Sobre el Club de Señoras y su historia, ver: Luisa Zanelli López. *Mujeres chilenas de letras*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1917, passim; Ericka Kim Verba, “The Círculo de Lectura de Señoras [Ladies’ Reading Circle] and the Club de Señoras [Ladies’ Club] of Santiago, Chile: Middle and Upper-Class Feminist Conversations (1915-1920)”, en *Journal of Women’s History*, vol. 7, Nº 3, otoño de 1995.

³⁶ Pablo de Rokha, *Sátira*, Santiago, 1918. Citado por Raúl Silva Castro, *Panorama Literario de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1961, p. 94.

un grupo de diletantes expresaran sus frustraciones. Pero estaba claro que el Club tenía sus defensores. Al respecto, es interesante el testimonio de Martina Barros de Orrego, mujer de intelecto agudo, que captó precisamente la raíz de las objeciones a este espacio de discusión intelectual:

“Este Club, instituído por ella [Delia Matte] en compañía de un grupo de señoras muy distinguidas, con gran esfuerzo y valentía, fue durante algún tiempo objeto de violentas resistencias, pues rompía con los hábitos que regían entonces la vida de la mujer casada. Los maridos se negaban a aceptar esa independencia, les chocaba que pudieran reunirse las mujeres fuera de su casa, creían que eso podía prestarse a abusos y a comentarios muy desagradables. La resistencia que se hizo al Club fue formidable, hasta el clero llegó a atacarlo”.³⁷

En lo que se refiere al ataque a su condición de Club aristocrático, esta postura fue bastante insostenible, en particular, porque las inquietudes de participación, según se ha insinuado, no provenían sólo de la clase dirigente, sino también de las feministas mesocráticas y proletarias. Si bien en tales grupos las estrategias de figuración eran diferentes, existieron puntos de contacto interesantes, como en el caso de la incorporación de Amanda Labarca, feminista de clase media. Igualmente, un equilibrio en este sentido fue la figura de su Presidenta, Delia Matte, que si bien tenía los atributos culturales de la clase dirigente santiaguina, su personalidad, extravagante para muchos, abría las puertas de entendimiento para varias latitudes.

La amplitud de ideas aceptadas dentro del Club de Señoras se manifestaría años más tarde, cuando asumiese la Presidencia la citada Amanda Labarca, quien llevaría el Club a su cenit y fusionaría los intereses y programas de este tipo de feminismo.³⁸ De allí la importancia que cobraba la Presidenta en la imagen y organización de este espacio de discusión social y cultural. Fue precisamente por esas razones que a inicios de la década de 1940, Martina Barros efectuaba una evaluación personal de la trayectoria de este Club, el cual, a pesar de las críticas mencionadas, había logrado imponerse y demostrar a sus adversarios que era un espacio consolidado para la defensa de los derechos femeninos, gracias a la dirección impuesta por sus Directoras:

³⁷ Martina Barros de Orrego, *Recuerdos de mi vida*, Editorial Orbe, Santiago, 1942, p. 289.

³⁸ Leopoldo Castedo, *op. cit.*, p. 676. El papel de Amanda Labarca en el Club de Señoras ha sido rescatado últimamente por Erika Maza Valenzuela, “Liberales, radicales y la ciudadanía de la mujer en Chile (1872-1930)”, en revista de *Estudios Públicos*, N° 69, verano de 1998, pp. 340-342.

“Tranquila y serenamente, sin embargo, se mantenía el Club desarrollando, poco a poco, sus variadas actividades y atrayéndose voluntades. Con exquisito tacto y prudencia extraordinaria lograron sus Directoras apagar las murmuraciones, disipar los temores y afianzar el prestigio de esta institución tan culta como útil y necesaria. Desde entonces, la mujer ha encontrado allí un hogar respetable donde reunirse para conversar, oír buena música, acoger extranjeros ilustres que visitan el país, escuchar conferencias interesantes e ilustrativas o a cantantes y artistas distinguidos, revisar periódicos, en fin, en donde procurarse todos los placeres intelectuales y sociales que no es fácil obtener de otra manera”.³⁹

Junto con las características reseñadas, el Club se convirtió en una suerte de tertulia intelectual abierta a hombres y mujeres con diferentes intereses artísticos, donde no se sacrificaría la figuración pública de la mujer ni se le subordinaría sólo a la contemplación del arte. Por ello, la proliferación de conferencias antes señaladas ayudaron a crear conciencia dentro de las esferas de la clase dirigente y, por supuesto, en los más cercanos al Club, de la necesidad de continuar la lucha por los derechos de la mujer. En este sentido se explican charlas como la de Martina Barros sobre el “Voto femenino” o la participación activa de Amanda Labarca, quien recordaría a mediados de este siglo que “El Consejo Nacional, el Club de Señoras, el Hogar de Estudiantes, eran en la capital otros tantos focos de estudio, de propaganda y de realizaciones femeninas”.⁴⁰

Como se puede apreciar, a fines de la década de 1910 e inicios de 1920, se configura plenamente un nuevo tipo de sociabilidad femenina, abierta a los aportes del otro sexo, pero no indiferente al desarrollo social y cultural de la mujer. Este contexto apreció además la proliferación paralela de instancias asociativas por parte de los sectores mesocráticos y populares, bien bosquejadas por Amanda Labarca.⁴¹ Una reafirmación de esta postura elitista de cultivo intelectual y de los logros obtenidos por el feminismo en general desde principios de siglo, fue la celebración, en abril de 1927, de los cincuenta años del antes mencionado decreto Amunátegui -que concedió a la mujer el derecho de validar sus exámenes secundarios-, con una Exposición Nacional de Actividades Femeninas, hecho que se tradujo en una publicación bastante llamativa prologada por Sara Guerin de Elgueta, representante de la tendencia señalada.⁴²

³⁹ Martina Barros de Orrego, *op. cit.*, p. 290.

⁴⁰ Amanda Labarca, *op. cit.*, p. 121.

⁴¹ Amanda Labarca, *op. cit.*, pp. 118-125. La autora señala el año 1915 como fecha inicial del movimiento femenino organizado en Chile.

⁴² Sara Guerin de Elgueta (ed.). *Actividades femeninas en Chile*, Imprenta y Litografía “La Ilustración”, Santiago, 1928.

Dicha obra, *Actividades femeninas en Chile*, constituye a nuestro modo de ver no sólo una simple guía de las labores de beneficencia realizadas por destacadas mujeres, sino también un verdadero manifiesto de la presencia femenina en diversos ámbitos públicos ya para esa fecha (1927), y que demuestra que la mujer, más allá de su condición de clase, participa activamente en la educación, la industria, la coordinación de tareas en hospitales u otras instituciones de caridad, en el arte, la literatura y en otras profesiones liberales. Es decir, la mujer ha dejado de estar asociada a la esfera del hogar y, lo más importante, ha dejado de ser estigmatizada como una simple rebelde sin dirección o sentido. Las *Actividades femeninas* descritas en este texto han demostrado hasta a los más escépticos que la estrategia de discusión intelectual y de debate de ideas, si bien no fue la única, constituyó al menos el modelo necesario entre las damas de la clase dirigente para defender y hacer válidas sus posturas de igualdad de derechos con el sexo masculino.

Por dichas razones, desde la esgrimida “emancipación social” de costumbres en público llevada a cabo por las caricaturizadas “cachetonas”, hasta la “emancipación literaria” o artística realizada en instancias de sociabilidad formales, como la Liga de Damas o el Club de Señoras, por mencionar a los espacios más representativos, es posible establecer una evolución de estrategias para alcanzar un objetivo básico: abrir puertas para la libre expresión de la mujer dentro de los espacios públicos. Esta forma de feminismo poco estudiado permite comprender las actitudes de un grupo social, como es la clase dirigente, a la cual estrictamente no se le vincula con esta lucha por la concesión de derechos, demostrando así un grado nada despreciable de protagonismo. Eso sí, esta vía de canalización de inquietudes de la clase dirigente no estará ajena a la mantención de una serie de patrones tradicionales que, junto a las corrientes de cambio ya examinadas, darán una peculiar idiosincrasia a estas formas de sociabilidad y a sus protagonistas. Por tal motivo, revisar aunque sea tangencialmente la vida de algunas de estas mujeres, puede precisar nuestra percepción sobre ellas y, por supuesto, sobre sus intenciones.

c) Trayectorias vitales: Personajes y matices

La figura de las “cachetonas”, retratada por Tomás Gatica, sin duda recoge diversas apreciaciones personales y objetivas sobre la conducta de estas mujeres de vida emancipada. Pero, ¿hasta qué punto su descripción guarda relación con la realidad? La respuesta a esta pregunta sólo es posible a través de la reconstrucción de la vida de algunas de dichas mujeres, que han dejado testimonio o han merecido la atención de autores posteriores. De hecho, es necesario señalar, como se dijo con anterioridad, que el concepto de

“cachetonas” fue bastante elástico y despectivo, por lo cual existen una serie de comportamientos que pueden enmarcarse dentro del término, pero que no implica que a algunos de estos personajes femeninos explícitamente se les haya calificado como “cachetonas”. Asimismo, como no era un honor ser tildada de esta forma, no existen autorreferencias o diarios personales de “cachetonas”. Por tales motivos, aunque nuestra mirada al respecto sea externa, ella permite al menos un acercamiento básico a la idiosincrasia de estas emancipadas sociales.

Durante los tres primeros decenios del siglo XX, es posible apreciar la figuración paulatina de mujeres que en el ámbito artístico e intelectual se harán célebres no sólo por su trabajo, sino también por su personalidad llamativa. Este es el caso de Mariana Cox (más conocida por su seudónimo de *Shade*), Teresa Prats, Elvira Santa Cruz (*Roxanne*), Teresa Wilms Montt, Inés Echeverría Bello (*Iris*) o Delia Matte, entre otras; damas pertenecientes o vinculadas a la elite de Santiago y que compartieron no sólo ese criticado “gran mundo” de los salones de la clase dirigente, sino además, la inquietud social, la censura contra su propia clase y, en mayor o menor grado, la desviación de la ortodoxia religiosa.⁴³ Respecto de los puntos indicados, es preciso señalar que la diferencia de información sobre estas mujeres, en algunos casos no permite establecer más que meros bosquejos.

Esto último acontece con personajes como Mariana Cox (*Shade*), de quien se tienen mínimas referencias por las descripciones realizadas a través de la pluma del crítico literario Hernán Díaz Arrieta (*Alone*), un enamorado de esta escritora que él describía como “alta, flexible, de airosos movimientos, muy personal en su modo de vestir, que le dejaba al cuerpo su natural soltura”.⁴⁴ Pese a perder su fortuna, *Shade* mantuvo la gallardía propia de las mujeres de su clase y buscó en los círculos sociales ayuda económica para su mantenimiento, al igual que en la literatura. Con inquietud de emancipación social, aunque más moderada respecto de sus otras congéneres, fue una mujer católica no libre de dudas y desviaciones religiosas, que además sostuvo estrecho contacto con diferentes jóvenes literatos, situación que originó más de un comentario mal intencionado. De hecho, uno de los favorecidos por su generosidad, un tal Ignacio Pérez, cometió la desfachatez de escribir un libro donde el autor recreaba, imaginariamente, una serie de intimidades con ella. Este

⁴³ Gonzalo Vial, *op. cit.*, vol. 1, tomo 1, p. 279.

⁴⁴ Hernán Díaz Arrieta (*Alone*), *Pretérito Imperfecto. Memorias*, Editorial Nascimento, Santiago, 1976, p. 71.

suceso no sólo provocó el rechazo de su círculo social, sino también aceleró su deceso, en 1914, fecha para la cual mostraba un estado físico claramente resentido. Para reivindicar su nombre, Alone escribió en 1916 la novela *La sombra inquieta*.

Otro caso paradigmático es el de Teresa Prats, descendiente de Andrés Bello, al igual que Iris, y visitada constantemente por la desdicha. Abandonada por su marido (un diplomático argentino), con un hijo muerto cuando apenas contaba veinte años y sin bienes, debió trabajar para su mantenimiento, situación que unida a una salud igualmente frágil (con jaquecas frecuentes y un mal cardíaco), la condujeron a las drogas y le provocaron la muerte en 1916. Aunque publicó sólo artículos periodísticos, se encontró también inserta dentro de esta generación de mujeres dispuestas a crear conciencia de su identidad, incluso a través de modestos aportes. No obstante, como recuerda Gonzalo Vial, “el movimiento se desarrollaba en ésta misma [la aristocracia]. Las flechas volaban, untadas con mortal veneno, pero volaban dentro de los salones. Escandalizaban a muchos, pero otros las tomaban -quizás sin error excesivamente- como un juego social más”.⁴⁵

Sin embargo, para quienes se dedicaban a través de su arte a expandir la presencia de la mujer más allá de los convencionalismos, esto no era sólo un juego social. Mujeres como Elvira Santa Cruz (*Roxanne*), escritora, quien se dedicó desde 1912 a dirigir la revista infantil *El Peneca*; la poetisa Sara Hübner, rival literaria de *Iris*; la escultora Rebeca Matte, y la malograda Teresa Wilms Montt, demostraron a una elite escéptica que sus pretensiones de emancipación eran experiencias colectivas (que debían involucrar o llamar la atención de más mujeres) y duraderas (no restringidas sólo a la coyuntura inmediata). Es así que la trascendencia del trabajo artístico o literario de dichas mujeres ha permanecido hasta la actualidad, como es posible comprobar por sus libros o piezas de arte.

De los personajes femeninos destacados en el párrafo anterior, sin duda, el más asimilable al modelo de “cachetona” entregado por la novela de Tomás Gatica, fue Teresa Wilms Montt. Su vida ha sido objeto de una reciente biografía, donde se reconstruye su azarosa existencia, marcada por la fatalidad y por la incomprensión de un medio social que terminó por excluirla de sus principales espacios de reunión.⁴⁶

⁴⁵ Gonzalo Vial, *op. cit.*, vol. 1, tomo 1, p. 254.

⁴⁶ Ruth González-Vergara. *Teresa Wilms Montt. Un canto de libertad*, Editorial Grijalbo, Santiago, 1993.

Revisar la trayectoria de Teresa Wilms es encontrarse con una serie de elementos presentes en la caracterización que Tomás Gatica hace de las “cachetonas”. Este hecho, más que una mera coincidencia, descansa a nuestro parecer en que el novelista pudo haber encontrado inspiración en esta singular mujer para construir su personaje (Valentina Mendoza), también de salud frágil, como en los casos vistos anteriormente, pero dispuesta a defender su rol femenino e incluso a oponerse a sus pares, en una época donde la vocación artística se veía acosada por los prejuicios.

Nacida a fines del siglo XIX (1893), en el seno de una acaudalada familia de la burguesía viñamarina y emparentada con la clase dirigente, fue la segunda de siete hermanas que perpetuaron el apellido del enlace de Federico Guillermo Wilms y Brieba y Luz Victoria Montt y Montt.⁴⁷ Los grandes hechos que marcaron la vida de Teresa Wilms y que ocasionaron el alejamiento de sus padres fueron decisiones personales que contrariaban la jerárquica cultura paterna, no dispuesta a aceptar que una de sus hijas hiciese valer sus convicciones por sobre las conveniencias familiares. De hecho, elegir marido y oficiar de escritora fueron los “errores” que le costaron el apoyo de su familia, pero que la transformaron en objeto de comentario social.

Respecto del primer punto, su elección matrimonial, ella fue producto de la relación amorosa que se estableció entre Teresa Wilms y un joven miembro de la histórica familia Balmaceda: Gustavo Balmaceda Valdés, mozo de veinticuatro años y empleado del Servicio de Impuestos del Estado. De acuerdo a la biógrafa de Teresa Wilms: “Su salario era, a la vista del Sr. Wilms, miserable: 50 pesos al mes. Sí, su rango de oscuro funcionario no lo convertía en buen partido, en cambio su prosapia y estirpe familiar lo encumbraba a niveles aristocráticos, pues los primeros de su saga arribaron a Chile, ostentando escudo de armas”.⁴⁸ Sin embargo, el apellido familiar no bastaba, ya que el matrimonio era concebido también como una operación financiera, donde el desmedrado sueldo de Gustavo Balmaceda no era suficiente para los requerimientos de don Federico Wilms, a quien el propio Balmaceda caracterizó como “el perfecto tipo arribista”, para quien “el matrimonio [era] una combinación bursátil”.⁴⁹

⁴⁷ La genealogía de estos apellidos y su vinculación con la clase dirigente chilena se encuentra descrita en Ruth González-Vergara, *op. cit.*, p. 22-31.

⁴⁸ Ruth González-Vergara, *op. cit.*, p. 66.

⁴⁹ Gustavo Balmaceda Valdés, *op. cit.*, p. 183.

Junto a los inconvenientes económicos del pretendiente, se encontraban una serie de prejuicios sociales que permiten apreciar cómo al momento de materializar los enlaces, la clase dirigente valoraba asimismo la “limpieza” del apellido, es decir, que no existieran elementos que mancillaran en concreto la honra de una familia. Por supuesto, que si existía un escándalo o un suicidio de por medio, los hechos se agravaban:

“Las familias hicieron todo lo que estuvo a su alcance para separarlos: consejos, tribunales, descéditos de sus febles virtudes, de la que sacaba peor parte Teresa, intrigas y conciliábulos para declarar poco menos que loca a la joven para que no se liase con un fracasado y oscuro funcionario, pariente de un suicidado (el Presidente Balmaceda). Al joven burócrata se le recriminaba su falta de sentido común y desinteligencia, al poner en tela de juicio el linaje de los Balmaceda, frente a una familia cuya cabeza era un extranjero bastardo, Wilms, un aparecido en la aristocrática sociedad chilena ...”⁵⁰

Pese a estos mordaces comentarios, y contra la decisión de sus padres, Teresa Wilms decidió casarse el 12 de diciembre de 1910, ceremonia de la cual no participaron sus padres y que marcó en definitiva su separación del núcleo familiar. La vida como esposa de Teresa Wilms no mejoró, en parte, porque este hecho de rebeldía frente a la figura paterna le costó varias amistades y también, en gran parte, porque Gustavo Balmaceda tampoco se manifestó, al poco tiempo, como un marido dispuesto a compartir las inquietudes literarias de su consorte. De acuerdo al modelo femenino vigente durante el siglo XIX, Balmaceda intentó sujetar social y culturalmente la existencia de Teresa Wilms, circunscribiéndola al hogar o a una que otra reunión de sociedad, evitando así su figuración en cualquier ámbito donde no estuviese presente su pareja. De esta manera, de la sujeción paterna se llegó a la sujeción matrimonial, hecho que Teresa Wilms no estuvo dispuesta a aceptar, desafiando, como se ha señalado, las conductas permitidas hasta entonces a las mujeres de su clase. Fue esta constante lucha la que Teresa Wilms debió librar entre los años 1910-1916, durante los cuales acompañó a su marido a diferentes ciudades del país (Valdivia, Iquique), nacieron sus hijas, escribió varias obras y, por supuesto, aumentaron las tensiones en el matrimonio, llegándose incluso a la indiferencia.

Fue en este contexto donde se iniciaron los escapes de Gustavo Balmaceda al Club, hecho que justificaba el propio protagonista por la actitud de Teresa, quien tenía “el alma pervertida por las lecturas absorbidas sin disciplina y a

⁵⁰ Ruth González-Vergara, *op. cit.*, p. 67.

destajo”, lo que le había provocado “una aridez muy poco femenina, un ateísmo, un anarquismo espiritual, indiferentismo religioso ...”⁵¹ Esta situación rememoraba las mismas críticas que Tomás Gatica colocaba en la mente de Valentina Mendoza respecto de su esposo, Hernán Vidal. Ambos personajes, fundamentales en la trama de ficción del novelista, guardaban una estrecha similitud con el matrimonio Balmaceda-Wilms, ya que se experimentaban conductas similares y una incompreensión mutua que, como se señaló, llevó a la protagonista a sentirse atraída por la liberalidad de las “cachetonas” santiaguinas. Aunque Valentina Mendoza no tenía las aspiraciones intelectuales o literarias de Teresa Wilms, sin duda constituyó un modelo para explicar los, por lo visto, normales comportamientos masculinos y la apatía femenina frente a tal coyuntura.

La actitud emancipada de Teresa Wilms frente a los moldes sociales y culturales existentes y, por supuesto, frente a su marido, tuvo muy pronto su costo. Una carta inculcó a Teresa de una supuesta relación amorosa con otro hombre y las consecuencias llegaron sin demora: ruptura matrimonial, sometimiento al tribunal familiar de su cónyuge, enclaustramiento por su “pecado” y pérdida ilegal de la tuición de sus dos hijas. Un convento (La Preciosa Sangre”) se transformó en su virtual prisión, hecho propio para “las díscolas hijas de la sociedad chilena a principios de siglo”.⁵² Desde allí logró fugarse, con la ayuda del poeta Vicente Huidobro, a Buenos Aires. Esta etapa dramática marcó su mayor y mejor producción literaria, que después continuaría en Nueva York, Madrid y París, ciudad en la que falleció en 1921, adicta a las drogas y abandonada por su familia. Sólo un efímero contacto en sus últimos días con sus hijas provocó una pequeña cuota de satisfacción en una mujer que pagó caro su deseo de difundir a un público más amplio sus inquietudes literarias.

Este caso es extremo, sin duda, pero matiza la percepción de Tomás Gatica y de muchos contemporáneos respecto de las mujeres de vida emancipada y con ambiciones literarias más allá de nuestras fronteras. Es una prueba clara de que la necesidad de alcanzar figuración y presencia en el espacio público era una tarea complicada y gradual que sólo la persistencia y la calidad de sus protagonistas podía en efecto vencer. Por lo expresado, es discutible aceptar que fuese sólo la angustia vital, o su alarma, lo que impulsase este movimiento de emancipación entre las mujeres de la clase dirigente, como argumentó en su momento Gonzalo Vial.⁵³ Existía un convencimiento básico de que era

⁵¹ Gustavo Balmaceda Valdés, *op. cit.*, pp. 248-249.

⁵² Ruth González-Vergara, *op. cit.*, p. 107.

⁵³ Gonzalo Vial, *op. cit.*, vol 1, tomo 1, p. 280.

necesario un cambio que estuviese más allá de las modas o costumbres, que se concentrara en obras de difusión benéfica, como hasta entonces se había hecho, o en centros de discusión intelectual, como el citado Club de Señoras. Es decir, había un proyecto, lento y no exento de contradicciones, pero presente en este feminismo elitario.

Un personaje relevante en todo lo señalado hasta el momento fue Inés Echeverría Bello (*Iris*). Nacida en 1869 y casada en 1892 con el capitán Joaquín Larraín Alcalde, mostró desde temprana edad afición a las letras y, en general, a las actividades culturales. Un viaje a Tierra Santa en 1900 se convirtió en el catalizador de sus inquietudes intelectuales, decidiéndose a escribir un poema que circularía al poco tiempo sin firma ni seudónimo. Las razones para tal hecho son claras: el ambiente social no era propicio para que una mujer se dedicara a este tipo de arte, siendo la actitud consagrada la de “volver el rostro y ocultar la mano”.⁵⁴ Dicho poema sólo se editó en 1905, año del nacimiento de su última hija.

Sin embargo, sus inquietudes literarias, al igual que otras de las mujeres nombradas con anterioridad, se encontraban sobre los convencionalismos y las críticas masculinas. Fue así que se dedicó a escribir, a fines de la primera década del siglo XX, cuatro libros y comenzó progresivamente a alejarse de algunas de sus amistades de infancia y adolescencia, para iniciar una nueva relación con otros personajes, por lo normal conocidos en las diversas tertulias que empezó a frecuentar. Así aparecieron en su vida Mariana Cox, Esmeralda Zenteno (Vera Zoureff), Elvira Santa Cruz, Teresa Prats, Augusto D’Halmar, Manuel Magallanes Moure, Luis Orrego Luco, Daniel Barros Grez, Joaquín Díaz Garcés y los veinteañeros Joaquín Edwards Bello, Mariano Latorre, Hernán Díaz Arrieta (Alone) y Fernando Santiván. Convencida del carácter constructivo de este tipo de experiencias, *Iris* decidió crear una tertulia literaria en su hogar, abierta a todo tipo de intelectuales, fuesen parte de su clase o no. A personajes como Alone y Santiván los convirtió incluso en sus protegidos, costumbre que mantuvo hasta el final de sus días.⁵⁵ Fue en este círculo de amistades donde se generalizó el uso de los seudónimos, no sólo entre las mujeres, sino también en los hombres, ya fuese por motivos como la búsqueda de libertad, la necesidad de fugarse de la familia y sus lazos, el partir de cero, el “hambre de nacimiento” o simplemente la incomodidad de

⁵⁴ Una reciente publicación resume el contexto cultural y social donde se desenvuelve la vida y obra de Inés Echeverría Bello. Ver Mónica Echeverría Yáñez. *Agonía de una irreverente*, Editorial Sudamericana, Santiago, 1996, p. 105.

⁵⁵ Mónica Echeverría, *op. cit.*, p. 108.

usar el verdadero nombre para no generar mofas de sus pares a su persona o familiares más inmediatos. En lo que respecta al sexo femenino, los motivos eran más evidentes: evitar el desprecio social. De allí que los artículos periódicos, los ensayos y novelas de Inés Echeverría llevaran siempre seudónimos como “Rainbow”, “Inés Bello” o *Iris* (“Mensajera de los dioses”), con el cual se hizo célebre entre sus contemporáneos.

La “Mensajera de los dioses” al poco tiempo fue plenamente identificada por sus seguidores y detractores, ya que asumió su misión de diosa del Olimpo con vehemencia. Señaló al respecto en una oportunidad: “Estoy abriendo ventanas, el aire y el sol que deben penetrar en esos pobres entes que viven en las penumbras. Seré dura e implacable contra los poderosos y defenderé a las víctimas de leyes caducas ...”⁵⁶ Sus banderas de lucha fueron las publicaciones de obras como *Tierra Virgen*, *Perfiles vagos*, *Emociones teatrales* y *Hojas caídas*, donde irónicamente caricaturizó y criticó a la clase dirigente de comienzos de siglo, además de lanzar sus dardos contra instituciones como la Iglesia Católica, el Partido Conservador y el régimen parlamentario.

Al igual que muchas de sus emancipadas contemporáneas, Inés Echeverría tuvo una postura religiosa bastante liberal. Al respecto, es preciso especificar que si bien no todas las damas asimilables al concepto de “cachetonas” antes esbozado, fueron irreverentes o ateas, sí un grupo considerable mantenía distancia de las prácticas propias de la religión católica. Hubo casos en que a pesar de mantenerse una postura liberal en un comienzo, hechos determinados de la vida provocaban un cambio de actitudes, como fue lo acontecido a otra dama bastante emancipada intelectualmente, la antes nombrada Martina Barros de Orrego, quien después de la muerte de su madre modificó gran parte de sus antiguas convicciones:

“Yo que había mirado la vida hasta entonces con el criterio de una mujer feliz, abierta a todos los atractivos de la existencia, comencé a sentir sus responsabilidades, que envuelven **la necesidad de un rumbo y una brújula**. Educada como católica, viví en un ambiente muy liberal, en su mayoría descreído, y en una época en que la juventud reaccionaba contra la rigidez impuesta por los hábitos tradicionales, de manera que me sentí naturalmente impulsada en favor del libre pensamiento y, como la juventud es entusiasta, hice alarde de mis nuevos ideales. Cuando el dolor golpeó a mi puerta y las responsabilidades de la vida se impusieron poderosamente en el hogar, mi espíritu se acogió de nuevo a las enseñanzas de la infancia”.⁵⁷

⁵⁶ Citado por Mónica Echeverría, *op. cit.*, p. 110.

⁵⁷ Martina Barros de Orrego, *op. cit.*, pp. 284-285. El destacado es nuestro.

Este tipo de comentarios son precisos, ya que indican que dentro de ese grupo de mujeres emancipadas no sólo existía diversidad, sino además deseos de canalizar el movimiento y esa nueva energía rebelde hacia formas quizás menos rupturistas en lo social -y tal vez menos ácidas que las críticas de *Iris*- pero encaminadas hacia proyectos de duración más permanente. Es así que la misma Inés Echeverría, después de mostrar en diversos espacios públicos las actitudes estigmatizadas bajo el globalizante concepto de las “cachetonas”, terminó por incorporarse a la iniciativa de Delia Matte y su Club de Señoras; escenario desde el cual logró expandir su ánimo y llegar a un público más amplio que compartía sus intereses. Todo ello, en medio de ironías, comentarios mal intencionados o chismes que en más de una ocasión socavaban la voluntad de algunas mujeres (recuérdese a Teresa Prats y Teresa Wilms); o reafirmaban la personalidad de identidades más fuertes (Inés Echeverría, Delia Matte).

Así, frente a las acusaciones de amoríos pasajeros y de ser un lugar de encuentro de amantes, el Club de Señoras resistió los embates de la sociedad civil y religiosa. Pero, sin duda, el hecho de que pudiese sobrevivir en este ambiente poco propicio se debió en gran parte a la fortaleza de espíritu de Inés Echeverría, la tutora intelectual del Club, y por supuesto a su Presidenta, Delia Matte de Izquierdo. Su figura fue igualmente ridiculizada por las revistas de la época,⁵⁸ pero su carácter abrió las puertas del Club, como se mencionó en el apartado anterior, a personajes de diferente extracción social, como Amanda Labarca e incluso, en 1919, a Arturo Alessandri Palma (uno de los supuestos amantes de *Iris*), el autor de una charla sobre la “Situación jurídica de la mujer”. El crítico literario Hernán Díaz Arrieta (Alone), describió a esta singular mujer de la siguiente manera:

“... alta y flexible, vestida por las mejores modistas, aunque no a la moda, sino a su modo, tocada la cabeza con un sombrero de plumas que le caían sobre la frente”.⁵⁹

El proyecto literario y de emancipación social del Club de Señoras tendría gran éxito en los quince años siguientes a su creación. De allí se inspirarían nuevos espacios de sociabilidad femenina que, no siendo estrictamente de clase alta ni dedicados siempre a actividades culturales, formarían parte del movimiento general de emancipación de la mujer que se plasmó durante la primera mitad del siglo XX. Así surgieron iniciativas como el Consejo

⁵⁸ Mónica Echeverría, *op. cit.*, p. 148.

⁵⁹ Hernán Díaz Arrieta, *op. cit.*, p. 127.

Nacional de Mujeres (1919); el Partido Cívico Femenino (1919); la Asociación de Damas Protectoras del Obrero (1920); el Círculo Femenino (1921); el Club Social de Profesoras (1924); y la Legión y Sociedad Protectora de la Mujer (1925), entre otras agrupaciones con rasgos más mesocráticos.⁶⁰

El impulso que se plasma por parte de los círculos de mujeres de la clase dirigente durante las décadas de 1910 y 1920 comenzará a decaer en el período siguiente, cuando nuevas agrupaciones con fuentes de inspiración diversas aparezcan en escena. De hecho, la creación en 1935 del Movimiento de Emancipación de la Mujer Chilena (MEMCH), con participación de mujeres profesionales de tendencia marxista, evidencia no sólo un nuevo rumbo para la lucha por los derechos femeninos, sino también cómo la propuesta emancipadora de la clase dirigente ya no tiene el mismo vigor de los años anteriores. Esta situación se manifiesta puntualmente en 1938, cuando el MEMCH invita a la emancipada Inés Echeverría a dar una conferencia. La charla defrauda a sus auditoras, en particular a Elena Caffarena quien expresa: “Su lenguaje lírico y poco pragmático no aportaba nada a nuestra lucha”. Otra testigo, Olga Poblete, sólo se limitó a agregar: “*Iris* pertenecía a la clase alta y rica y sus actividades fueron de elite y me parece que no poseía gran conciencia política ..”⁶¹ Sin comentarios ...

Este tipo de afirmaciones permite apreciar la brecha que ya se esboza entre el mundo de las mujeres que surgieron antes y después de los años 20, donde sus orígenes y diferentes corrientes de inspiración distanciarán cada vez más sus posiciones. ¿Qué ocurrió entonces con las primeras “cachetonas” y las aristocráticas feministas del Club de Señoras? Al respecto, nos parece que la respuesta la entrega, aunque no explícitamente, Martina Barros, rememorando sus años de protagonismo. De hecho, en su libro de Memorias publica una lista con las mujeres destacadas de su época (desde inicios de siglo hasta fines de la década de 1930), dando algunas breves referencias sobre personalidades en apariencia dispares:

Laura Cazotte: Hija de María del Carmen Alcalde y casada con Carlos Antúnez, Ministro de Chile en París. Regresa a Chile con la caída de Balmaceda. Virtuosa mujer y madre con hijas bellas.

⁶⁰ Respecto de las asociaciones que no provienen de la inspiración del Club de Señoras, pero que forman parte del movimiento feminista, ver Amanda Labarca, *op. cit.*, pp. 116-123. Por su parte Gonzalo Vial, *op. cit.*, vol. 1, tomo 1, p. 283; señala que si se revisan los directorios de estas entidades, en particular el Consejo Nacional de Mujeres y el Partido Cívico Femenino, se verá cómo la clase media controlaba el movimiento feminista.

⁶¹ Mónica Echeverría, *op. cit.*, pp. 154-155.

Teresa Cazotte: Casada con Enrique Concha y Toro, se convierte en la más bella *huri* del Palacio Oriental de la Alameda. Ha dedicado todas las actividades de su vida al servicio de la infancia desvalida en las “*Crèches*” fundadas por ella y sostenidas con su propio esfuerzo. “Levantó un templo en Llo-Lleo, donde mantiene un establecimiento destinado a servir de asilo para reparar la salud y las fuerzas de los niños delicados”.⁶²

Sara del Campo Montt: Mujer eminentemente política, esposa de Pedro Montt, vivió con él en estrecha unión de aspiraciones y anhelos. Organizadora de banquetes y anfitriona de tertulias. Secundó poderosamente a su marido en su carrera política batallando con vigor en contra de sus adversarios. “Si enojaba a un político con sus bravezas del momento, sabía atraérselo en seguida y hacer de él un auxiliar en sus campañas”.⁶³

María Luisa Fernández de García Huidobro: Casada con Vicente García Huidobro. Escritora que publica una novela donde se refleja la vida del pueblo campesino, “... bullía en su alma el entusiasmo por desarrollar sus facultades y se veía reducida al estrecho círculo de sus deberes de familia. La vida, entonces, era triste y dura para una mujer de su temple; gozaba de todas las comodidades y lujo correspondientes a su rango, de todo el respeto y las consideraciones debidas a su situación y a su valer personal, pero carecía de la independencia moral y material que exigían su carácter y los anhelos de su espíritu.

Su orgullo y su altivez se alzaron en rebeldía con una entereza y energía verdaderamente heroicas y tras de larga y penosa lucha, triunfó en absoluto y obtuvo, poco a poco, toda la libertad de acción necesaria para su alma varonil y soñadora”.⁶⁴

Inés Echeverría de Larraín: Mimada en su hogar desde pequeña, conservó caprichos y mimos de regalona y se inclinó siempre a escandalizar con sus dichos y sus críticas pintorescas. Fina, interesante, talentosa, esposa feliz, madre afortunada, con independencia moral y económica, brillo social, honores literarios, amigos entusiastas.

“De palabra acoge y se empeña en difundir las peligrosas máximas de las ideas modernas, mientras que de hecho, acata y practica en su hogar y en su fuero interno, las nobles doctrinas que le inculcaron en su infancia ... [un] alma inquieta y atribulada”.⁶⁵

⁶² Martina Barros de Orrego, *op. cit.*, p. 311.

⁶³ Martina Barros de Orrego, *op. cit.*, p. 313.

⁶⁴ Martina Barros de Orrego, *op. cit.*, pp. 317-318.

⁶⁵ Martina Barros de Orrego, *op. cit.*, p. 322.

Amalia Errázuriz de Subercaseux: Brilló en Europa en el ámbito diplomático. Casada con Ramón Subercaseux. Fundó la “Liga de Damas” para ayudar al trabajo de la mujer y desarrollar su cultura.

Rebeca Matte de Izquierdo: Prima de Inés Echeverría y, como ella, nieta de Andrés Bello. Escultora con trabajos literarios inéditos. Fundó en la casa de campo que habitó su madre un asilo de niños huérfanos.

Graciela Sotomayor de Concha: Hija menor de Ramón Sotomayor Valdés. Casada con Domingo Concha, quien fallece y motiva la dedicación de Graciela a la enseñanza privada. A este esfuerzo se agregó más tarde la enseñanza pública, preparándose para convertirse en profesora de Estado.

Adela Edwards de Salas: Nace en el brillo del gran mundo. Funda la “Cruz Blanca”, con la ayuda de otras mujeres de sociedad. Esta entidad “presta amparo y refugio a las jóvenes que se vieron en peligro de acechamiento o de malos ejemplos; y para las niñas que sus madres desean alejarlas de esos peligros o reformar sus malas inclinaciones”. Obtuvo el apoyo del Arzobispo Crescente Errázuriz para fundar una nueva congregación: “Esclavas del Amor Misericordioso”. En 1926 llegaron las primeras postulantes.

“... la hemos visto salir con sus hijas acompañándolas a sus fiestas y bailes, que con frecuencia la retienen hasta altas horas de la noche, fuera de su hogar”.⁶⁶

Delia Matte de Izquierdo: Fundadora del “Club de Señoras” e impulsora de la iniciativa intelectual más destacable en este ámbito.

El punto de enlace entre todas estas mujeres, pese a sus diferencias religiosas o culturales, es que:

“... han disfrutado de completa independencia, perseguido grandes ideales, se han consagrado al trabajo interno y absorbente y **han mantenido a la vez un hogar correcto, cumpliendo con todos sus deberes y formando hijas irreprochables**”.⁶⁷

Es decir, para la década de 1940, período en que Martina Barros realiza el balance del protagonismo feminista de su clase, es posible darse cuenta de que el movimiento de emancipación social de dichas mujeres, si bien continúa buscando un rol más activo y destacado para el sexo femenino, no sacrifica los valores familiares ni matrimoniales. Al contrario, se trata de conjugar

⁶⁶ Martina Barros de Orrego, *op. cit.*, p. 341.

⁶⁷ Martina Barros de Orrego, *op. cit.*, p. 348. El destacado es nuestro.

armoniosamente, dentro de lo posible, la figuración artística o literaria con el rol de madre y esposa. En concreto, se conjuga también el cambio con la tradición.

Conclusiones

La reconstrucción de las conductas femeninas tildadas como emancipadas a inicios de este siglo no es una tarea fácil, en particular, por la poca precisión de los conceptos empleados, como ocurre con la denominación de “cachetonas”, y por la carencia de fuentes específicas o directas que hagan alusión a los personajes que se engloban bajo tal denominación. Sin embargo, y a pesar de estos evidentes obstáculos, es posible delinear una interpretación sobre lo que constituye, a nuestro parecer, la primera iniciativa de corte feminista que se gesta dentro de la clase dirigente. Este es un aspecto importante, ya que por lo normal se asocia el feminismo contemporáneo con corrientes más bien vinculadas a la clase media o restringidas al proletariado.

Por lo señalado, es posible comprobar que lo que se inicia como una mera ruptura de los moldes tradicionales establecidos para el comportamiento de la mujer (el deber ser), se transforma poco a poco en una iniciativa cultural que, no exenta de contradicciones -por la variedad de sus participantes-, permite a las mujeres de la clase dirigente, y luego a otros grupos sociales, vincularse e intercambiar opiniones dentro de tertulias abiertas y, más tarde, en espacios de sociabilidad más estructurados. Es así como un sistema de charlas o conferencias destinadas a difundir las ideas de emancipación femenina a un público más amplio; ya sea a través de experiencias tradicionales como el protagonismo benefactor (Liga de Damas) o por medio de la discusión del rol de la mujer dentro de la política y de la sociedad civil (Club de Señoras); terminan por generar y estructurar un movimiento que después de la década de 1920 será asumido en plenitud por la clase media. Así, la coexistencia de alternativas feministas de elite y de corte mesocrático-popular concluirá para cobrar mayor protagonismo la última corriente.

Es evidente que junto con la transformación paulatina de la mentalidad de las mujeres de la clase dirigente, se encuentra también la modificación del carácter de los espacios de sociabilidad. De allí que desde la frivolidad del Club de Santiago, pasando por las cafeterías afrancesadas de la calle Huérfanos, hasta el salón del Club de Señoras; se pueda apreciar una evolución paralela en las aspiraciones de emancipación social, rupturista e irreverente, de las

primeras “cachetonas”, hasta el propósito de dar un camino o sentido general a esa rebeldía, a través de experiencias centradas más bien en una lucha intelectual que en la simple transgresión de conductas. El itinerario vital de algunas de las mujeres examinadas en este trabajo refleja en gran parte lo expuesto.

Por último, hemos deseado señalar que efectivamente el estudio de las elites en nuestro país requiere no sólo de mayores precisiones, sino también de nuevas monografías que ayuden a especificar comportamientos, mentalidades o figuras necesarias para reconstruir esta variada, pero no menos interesante, elite santiaguina. En este sentido, aún es mucho lo que queda por hacer.